

ORANDO CON LA PALABRA

(28º Domingo. Tiempo ordinario)

“ Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. Al verlos, les dijo:” Id a presentaros a los sacerdotes”. Y mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Este era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: “No han quedado limpios los diez ? , los otros nueve, ¿dónde están?. ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios ? “ Y le dijo: “Levántate, vete, tu fe te ha salvado”.

(Lc. 17,11-19)

El relato de Lucas nos sitúa a Jesús entre Samaria y Galilea, en camino hacia Jerusalén. Diez leprosos salen a su encuentro y le piden a gritos: “ ten compasión de nosotros”. Jesús se conmueve y los cura, pero sólo uno de ellos da gracias y reconoce que, en Jesús, está la fuerza salvadora de Dios. El leproso sanado, liberado de la exclusión que sufría entre su pueblo, no sólo da gracias humildemente, sino que, desde esta experiencia sanadora por la compasión gratuita de Jesús, renacen con fuerza la fe, la alabanza y la gratitud que darán un sentido nuevo a su vida y a su camino.

Pero hay otros nueve leprosos, que han recibido la misma gracia y sin embargo, no se detienen a agradecer, Han utilizado a Jesús para conseguir sus fines y vuelven a alejarse sin dejar que la acción de Jesús transforme ni su corazón ni su vida.

Es precisamente el leproso de Samaria, el extranjero, el que no practica ritos ni guarda leyes, el que ve transformada su vida, se le ha devuelto la dignidad, se le abren posibilidades nuevas y él, acoge, agradece y responde a la presencia salvadora de Jesús .

Que nuestra propia experiencia de sentirnos acogidos, perdonados, sanados, nos haga vivir en actitud permanente de gratitud. Que nuestra vida sea un alabar y expresar gozosamente , con la presencia, el servicio y el estilo de vivir, nuestro compromiso y nuestra fe.

ORACIÓN

Me acerco al camino
para verte pasar,
para contemplar
una vez más,
la fuerza
de tu presencia y tu Palabra.
En silencio,

tomo conciencia de mi realidad,
de mis heridas,
de todo aquello
que necesita ser sanado en mi,
y como el leproso
te repito: “Ten compasión de mi”.

Y tu mirada
hecha compasión
y fuerza liberadora,
me vuelve a sanar,
me vuelve a ofrecer
la posibilidad de cambiar,
de crecer,
de sentirme y vivirme
libre,
reconciliada,
salvada.

Que desde el experimentar
mi vida transformada,
sepa vivir en gratitud y gratitud.

Que te de gracias,
por la vida que me regalas
cada mañana.
Por la luz y la sonrisa,
por la ilusión y la fidelidad.

Que te de gracias, Señor
por los sueños
que brotan,
por la chispas
que brillan
y llenan la noche
de esperanza.

Gracias, Señor
por el esfuerzo silencioso,
por la firmeza y la constancia,
por la fortaleza
que ayuda a integrar

fracaso y dolor,
por los brazos
hermanados,
para hacer del mundo
un todo unificado,
que armonice
trabajo y tierra,
energía y sueños,
credos y pueblos.

Gracias por la fe
que me levanta,
me mantiene en camino
y me ayuda a descubrir
que, cuando oscurece,
se ven mejor las estrellas.

Que como el leproso,
curado y agradecido,
te alabe
humilde y gozosamente.
Que proclame
a los vientos,
con mi palabra y con mi vida,
que nuestro Dios,
es el Dios bueno
que sana y libera,
que levanta y confía,
que se acerca, cada día
a nuestros caminos,
para acompañar
soledades y temores,
para llenar de sentido
y futuro,
el horizonte,
para sembrar
la tierra de flores
y el corazón del mundo,
de esperanza.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

